

## **6. Ambiente de familia (Continúa el verano de 1940 en Jenner)**

### **«La Abuela» y «Tía Carmen»**

Cuando llegué a Jenner, terminado felizmente el curso, no tenía a la vista ningunos estudios pendientes hasta que comenzaran las clases en octubre. El estar bastante libre de tareas escolares me deparó la oportunidad de tratar con mucha frecuencia a doña Dolores y a Carmen Escrivá, que se ocupaban de las tareas domésticas de la Residencia. Además, el director de la Residencia me encomendó dos encargos que se prestaban a ello: los arreglos de la casa y la atención del oratorio.

El primer cometido me ocupaba la mayor parte del tiempo. Muchas veces, dirigido por doña Dolores y Carmen, hacía pequeñas reparaciones en el material de cocina,

## Vale la pena

limpieza, etc., que en aquella época era menos complicado y tecnificado que ahora, pues casi no existían aparatos electrodomésticos.

Una aclaración: en Jenner encontré que los mayores de la Obra llamaban a doña Dolores «Abuela» y que a ella y a Carmen les hablaban de «tú». La razón es que en la mayor parte de las regiones de España, entre la familia, incluidos los abuelos, el trato es ordinariamente de tú. Y *la Obra es una familia, numerosa y de vínculos sobrenaturales*, como muchas veces la ha calificado nuestro Fundador. Cuando los mayores se referían a ellas estando ausentes las llamaban «la Abuela» y, a Carmen, unas veces, «Tía Carmen», otras simplemente Carmen. A mí se me hacía costoso tratar de tú a la Abuela, así como dirigirme a ella de ese modo. Pronto, me acostumbré a llamarla «Abuela», pero nunca de tú, y cuando le hablaba solía emplear fórmulas indirectas para no llamarla ni de usted ni de tú. No sé cómo me las arreglaba. Recuerdo que pensé varias veces consultar a Álvaro del Portillo, que es con quien yo trataba mis preocupaciones personales, pero cuando hablaba con él llevaba otras cuestiones que me urgían más y me

## Vale la pena

parece que siempre se me olvidaba plantearle el asunto, de modo que lo fui resolviendo *ad casum*, como he dicho.

Volviendo al encargo del mantenimiento de Jenner recuerdo, como anécdota, que uno de los arreglos consistió en la instalación de una máquina grande de picar carne en la mesa de mármol de la cocina. Había que practicar cuatro agujeros considerables en el mármol, para sujetar con palometas los cuatro tornillos del aparato. No disponía de ningún tipo de taladrador, ni mecánico ni eléctrico. Hice los taladros con un destornillador grueso y un martillo, dando suaves golpes con una mano mientras con la otra giraba el destornillador. Obviamente fue un trabajo lento y delicado, que me debió de llevar más de una jornada. De vez en cuando, la Abuela y Tía Carmen iban a ver el progreso de la operación, quizá algo escépticas en los comienzos, pero más esperanzadas cuando los agujeros iban adquiriendo profundidad y la placa de mármol no sufría daño. Me daban ánimo en la paciente tarea. Finalmente, el mármol quedó taladrado y la máquina firmemente instalada.

## «Madre, me lo vas a malcriar»

Como premio por la operación, la Abuela me dio un enorme caramelo, de los llamados «adoquines de Calatayud», que yo no había visto hasta entonces. En realidad, ambas buscaban ocasiones para hacerme comer algo extra, pues estaban preocupadas por mis pocas carnes en aquellos tiempos. Alguna vez le oí decir a la Abuela: «Este chiquito está muy delgado». Nos habíamos trasladado a la habitación pequeña donde la Abuela y Tía Carmen solían pasar las tardes. Serían las cinco cuando me dio el caramelo. Cuando lo introduje en la boca, con intención de partirlo, me di cuenta de la imposibilidad de tal operación por sus extraordinarias dimensiones, y el «adoquín» se me quedó dentro.

En ese preciso momento entró Mons. Escrivá y se dirigió a mí. El confite me ocupaba toda la cavidad bucal y, al responder, no pude producir sino unos sonidos inarticulados. El Padre, extrañado, preguntó: *—¿Pero qué le pasa a este chico?* La Abuela intervino explicándole la situación. Inmediatamente, el

## Vale la pena

Padre se volvió hacia la puerta, obviamente sin querer entrar más a fondo en la cuestión, y sonriendo dijo: *–Madre, me lo vas a malcriar.* Y se marchó.

El episodio es irrelevante. Atañe al ámbito de una educación disciplinada y a la sobriedad cristiana: no es aconsejable picar entre comidas. En cualquier caso, muestra la sencillez y la naturalidad hogareña de la vida familiar en la Obra.

## **Las tertulias en el cuarto de la Abuela**

En Jenner hubo un gran trasiego de gente en el verano del cuarenta. Los asistentes a las «Semanas de Estudio», y los que se acercaban a Madrid para estar con el Padre, aunque fuera sólo unos días, llegaban ávidos de conocer todo: personas, noticias de la Obra, lugares donde se había desarrollado la labor apostólica de nuestro Fundador desde los comienzos, etc. Aparte de la atención más estrictamente espiritual, se procuraba satisfacer esos legítimos

## Vale la pena

deseos. Punto de cita para salir a enseñarles tales lugares resultaba ser, con toda naturalidad, la pequeña habitación donde la Abuela y Tía Carmen pasaban la mayor parte de la tarde repasando ropa, manteles, sábanas, etc., y confeccionando los paños necesarios para la Santa Misa.

Mientras unos esperaban a los otros en el cuarto de la Abuela, se entablaban frecuentes y animadas tertulias con ella y Tía Carmen. Sin dejar en ningún momento sus labores, respondían sabia y prudentemente a la lluvia de preguntas que les hacíamos, a veces un tanto indiscretas, acerca de la infancia del Padre, de las dificultades en los años de la guerra, y de muchas cosas más. No mostraban dificultad alguna: sabían responder con inteligencia a unas preguntas y soslayar otras con mucha gracia.

Se hacía evidente el cariño que tenían por todos, incluso por los que veían por primera vez. Era como si nos hubieran conocido desde siempre. Además de las enseñanzas de nuestro Padre, no cabe duda de que las dos contribuyeron con su ejemplo, en gran medida, a configurar el ambiente de familia de la Obra,

## Vale la pena

en unos momentos de gran crecimiento. La Abuela y Tía Carmen eran cariñosas sin melindres, simpáticas sin esfuerzo, comprensivas con nuestras inoportunidades de juventud, muy humanas y sobrenaturales al mismo tiempo, extraordinariamente generosas en darse a todos.

Un día, por citar algún ejemplo de aquellas tertulias en el cuarto de la Abuela, Amadeo de Fuenmayor entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Estaba haciendo el servicio militar en Vicálvaro, junto a Madrid. Venía con un breve permiso de fin de semana, con el uniforme de soldado, polainas con botones, ceñidas a las pantorrillas, muy delgado, con la tez muy morena por las horas de instrucción al sol de Castilla en verano, llevando el gorrillo cuartelero de entonces. Hizo un gesto al entrar en la habitación que era todo un poema de expresión gozosa y de sentido del humor. De seguro, pensaría que su atuendo iba a divertir a la Abuela y a Tía Carmen. Así fue. Les dio una gran alegría y mucha risa. Contó sus graciosas aventuras de cuartel y pasamos —yo estaba presente, por supuesto— un rato agradabilísimo.

## Vale la pena

Muchos de los que aparecían inesperadamente eran presentados, o ellos mismos se presentaban a la Abuela y Tía Carmen. Y se animaba la conversación con noticias de sus respectivas ciudades, estudios, y los pormenores de su aventurado viaje a Madrid, en una época en que los medios de transporte eran tan precarios.

### «Una familia numerosa y pobre»

Ya he dicho que ésta es una de las maneras con que Mons. Escrivá de Balaguer describía la Obra. En el verano de 1940 pude observar directamente una de sus manifestaciones. En las horas de trabajo de la Abuela y Tía Carmen vi cómo aprovechaban todo con ingenio, pericia y esfuerzo. Por ejemplo: las sábanas suelen desgastarse y romperse mucho antes por el centro. No era cuestión de comprar otras nuevas. En una familia numerosa y pobre se aprovecha todo. De varias sábanas muy usadas, la Abuela y Tía Carmen hacían una prácticamente nueva. Ponían una pieza en

## Vale la pena

buen estado en la parte más gastada, como un cuadro o rectángulo inscrito en el centro. Pero las costuras estaban tan primorosamente hechas que no se notaban al tacto ni casi a la vista.

Asunto que les llevaba mucho tiempo era el repaso de las camisas. Confeccionaban puños y cuellos para sustituir los ya desgastados, cortando la tela de los faldones y cambiando éstos con otras piezas de tejido lo más parecido posible (en aquellos años nadie mostraba los bajos de las camisas fuera de los pantalones). Y no digamos ya la tarea de remendar los rotos —«los tomates»— de los calcetines de los tiempos anteriores a la aparición de las fibras sintéticas: talones y dedos causaban pronto estragos en esas prendas. El huevo de madera era objeto continuamente usado por la Abuela y Tía Carmen para remendarlas.

Capítulo aparte era la confección y conservación de ornamentos y paños de altar: quedaban bien repasados, planchados y, los que lo requerían, almidonados. Supongo aunque sólo vagamente cuánto habrán aprendido las mujeres de la Obra de esos trabajos y primores de la Abuela y Tía Carmen. Una familia

## Vale la pena

pobre, pero hacendosa y limpia, sabe sacar partido de cosas que una familia rica tiraría sin más contemplaciones. Este esmero en reparar y hacer durar las cosas es, desde los comienzos, un aspecto relevante del modo de vivir en el Opus Dei la pobreza: virtud cristiana que, si va unida a la limpieza y a la pulcritud en el vestir, no se hace notar de modo aparatoso o desagradable para los demás.

## Isidoro Zorzano

En Jenner encontré a Isidoro, uno de los pocos conocidos anteriormente, desde aquel día de primeros de mayo de 1939 en la casa rectoral del Patronato de Santa Isabel. Su habitación, contigua al oratorio, con el que se comunicaba por una puerta doble, servía de secretaría de la Residencia, de oficina de la administración económica de la Obra, de dormitorio y de lugar donde se guardaban los vasos y utensilios del oratorio y las vestiduras litúrgicas del sacerdote. No había más espacio. Unos almohadones disimulaban el lecho hasta cierto punto, dándole el aspecto de cama turca.

## Vale la pena

En aquellos meses, Isidoro –seguramente por el horario especial de verano– entraba a trabajar muy temprano, a las ocho de la mañana, me parece recordar. Tenía su despacho en la Oficina de Proyectos de la RENFE, junto a la estación ferroviaria de Delicias, entonces un barrio de las afueras de Madrid, que requería un largo desplazamiento. Para llegar a tiempo, tenía que levantarse hacia las cinco de la mañana, hora oficial, que serían las cuatro o las tres de la hora solar, pues debía realizar varias tareas. El afeitado de Isidoro era particularmente laborioso: tenía una barba muy dura y una piel extremadamente delicada, lo que se agravaba por la baja calidad de las hojas de afeitar «Toledo», de fabricación nacional con los aceros de la época. Cada día afilaba la hojilla en un vaso liso de cristal humedecido, pues de otro modo hubiera necesitado emplear una hoja nueva por afeitado. Debía dejar su habitación en perfectas condiciones para que después pudiera servir de sacristía y de confesonario. Hacía media hora de oración mental y acudía a una iglesia para asistir a la Santa Misa: en aquella época, la Misa no se celebraba más que por las mañanas.

## Vale la pena

Una de las características de Isidoro era su esmero en vivir el orden. Yo estaba encargado del oratorio y cada mañana iba a su cuarto un poco antes del comienzo de la oración para dejar ultimada la preparación de los ornamentos para la Misa de la Residencia. Ni un día falló Isidoro en dejar su habitación completamente lista, limpia y aireada. No recuerdo nunca haberle oído la menor alusión a estas molestias de sus madrugones que, sin duda, los ofrecía a Dios con alegría y espíritu de penitencia y mortificación.

Volvía de su trabajo pasadas las tres de la tarde. Comía rápidamente y se entregaba a los trabajos de la administración económica de la Obra y de la Residencia, en colaboración con la Abuela y Tía Carmen. Había confeccionado un fichero con los cálculos de diferentes menús de comida por cabeza: tantos gramos de arroz, o de lentejas, o de lo que fuera, por residente, a tanto sale cada plato. Había comenzado en la España de la posguerra la época de la escasez de alimentos, y resultaba muy difícil dar una «comida sana y abundante» a los residentes de Jenner. También faltaban otros artículos de consumo domésti-

## Vale la pena

co, o eran de baja calidad, pues a las consecuencias de la guerra española se sumaban las de la segunda guerra mundial: no se podían importar. Eran los tiempos que más adelante llamó Juan Jiménez Vargas, con buen humor, «la época anterior al subdesarrollo». La Abuela, Tía Carmen e Isidoro superaron esas penurias con esfuerzo, habilidad y elegancia.

Hay detalles de Isidoro que recuerdo con especial relieve. Entre ellos, algunas expresiones que denotan la delicadeza por vivir el desprendimiento aun en detalles mínimos. Por ejemplo, sabía evitar siempre decir que algo era suyo. Para ello empleaba fórmulas variadas, como «esta pluma que uso», para no decir «mi pluma». O «la habitación donde duermo», en vez de «mi habitación», etc. Me da la impresión de que no fallaba nunca, lo cual denotaba un hábito adquirido tras el esfuerzo continuado.

## **Paseos con «tío Isidoro»**

## Vale la pena

Aproximadamente al cabo de una semana de residir en Jenner estaba yo un día en un pasillo preparando una bandeja de cerámica para colgarla en la pared como pieza decorativa. Serían las cuatro y pico de la tarde. Pasó el Padre, se detuvo y me preguntó: *–Pepe, ¿cuándo sales a la calle?* Probablemente me habría encontrado algo pálido. Me quedé pensando en la respuesta: algunos días solía ir a una ferretería situada cerca, en la glorieta de Chamberí, donde me surtía de los medios necesarios para mi encargo: clavos y tornillos, cinta aislante, interruptores, bombillas, etc. El Padre no esperó. Me dijo sin más dilación algo muy parecido a lo siguiente: *–Tienes que salir todos los días a tomar el aire y darte un paseo. Pero no a estas horas –aquellos eran días en que se hacían sentir en toda su intensidad esas oleadas de calor en Madrid, típicas de principios de agosto–, sino a la caída de la tarde, cuando el sol no esté tan fuerte.* Añadió algunas pocas frases más que no recuerdo y se marchó.

Pasados unos minutos se acercó Isidoro y me propuso salir todos los días a dar un paseo a la caída de la tarde, cuando el sol no estu-

## Vale la pena

viera tan fuerte. Eran unas palabras muy parecidas a las que me había dicho el Padre. No cabía duda de lo sucedido: el Beato Josemaría había encontrado conveniente que Isidoro hiciera lo mismo. Y en efecto, comenzamos a poner por obra lo indicado.

Solíamos dar un paseo más bien corto. Nos citábamos a una hora en el cuarto de la Abuela. Naturalmente yo acudía unos minutos antes y esperaba. Isidoro me conducía cada día a alguno de los lugares donde el Padre había comenzado su labor con hombres jóvenes: la chocolatería «el Sotanillo», el local de la Academia DYA, Ferraz, etc. Me explicaba la historia del sitio adonde nos dirigíamos y, de paso, me transmitía enseñanzas de nuestro Fundador al hilo de nuestras conversaciones. Tras el breve paseo regresábamos un rato antes de la cena.

### **«Hacer de todo el día una Misa»**

Un día, cuando llegué al sitio habitual de cita, me dijo la Abuela, con cara sonriente:

## Vale la pena

—Ha venido tu tío Isidoro y ha dicho que hoy se retrasará algo porque le ha salido un trabajo imprevisto; pero que le esperes, pues de todos modos saldréis.

Y nos echamos a reír. Realmente parecían los paseos de tío y sobrino, pues Isidoro, que tenía 38 años, me doblaba con holgura la edad.

Aquellos paseos con «tío Isidoro» debieron de durar unos diez días, pues, como referiré, otras circunstancias los interrumpieron. Durante ellos Isidoro me explicaba muchas cosas acerca de la Obra. Una tarde, caminando por las calles de Madrid, me exponía la enseñanza del Padre acerca de la Santa Misa como centro y raíz de la vida interior. Isidoro me hablaba de cómo conseguir que todo el día girara en torno a la Eucaristía, de *hacer de todo el día una Misa*, en frase del Beato Josemaría. Para mí estas explicaciones de Isidoro eran descubrimientos, dados los pocos meses que llevaba en la Obra. En los tiempos que siguieron pude oír, repetidas veces y directamente de labios del Padre, las mismas explicaciones que antes había escuchado de Isidoro, y que se pueden condensar en aquellas palabras que dejó escritas en *Forja*, n. 69: *Lucha para*

## Vale la pena

*conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto –prolongación de la Misa que has oído y preparación para la siguiente–, que se va desbordando en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento de tu trabajo profesional y de tu vida familiar... [1].*

Unos treinta y cinco años más tarde, el Concilio Vaticano II enseñaba, con su autoridad, por ejemplo, que «la Liturgia es la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» [2], y, también, que «la Synaxis Eucarística [la santa Misa] es el centro de toda la congregación de los fieles (...). Los presbíteros, consiguientemente, enseñan a fondo a los fieles a ofrecer a Dios Padre la Víctima divina en el sacrificio de la Misa y a hacer juntamente con ella la oblación de su propia vida» [3]. Al leer estas y otras afirmaciones del Concilio Vaticano II no podía por menos de acordarme de las enseñanzas escuchadas más de veinte años antes de la boca de nuestro queridísimo Fundador.